

MOBILIARIO E INTERIORES CUBANOS DURANTE LA PRESENCIA ESPAÑOLA

FURNITURE AND INTERIORS DURING CUBAN SPANISH

POR M^a MERCEDES FERNÁNDEZ MARTÍN
Universidad de Sevilla, España

Las condiciones climáticas y el modo de vida en Cuba, unido a la abundancia de bosques maderables, de una calidad extraordinaria, propició desde un primer momento la abundancia de carpinteros especializados en la construcción de mobiliario. Estos supieron aunar la influencia española y la reinterpretación de los estilos europeos con unas características propias, con proporciones audaces y una rica ornamentación, pudiéndose hablar de un mueble propiamente cubano.

Palabras clave: Mobiliario, Cuba, Interiores domésticos, Carpinteros

The weather conditions and the way of living in Cuba, plus the abundance of fine woods forests of extraordinary quality, created a favorable atmosphere for the proliferation of carpenters specialized in furniture construction from the first moment. These carpenters were able to unify the Spanish influence and the reinterpretation of the European styles with some characteristics of their own, with audacious proportions and a rich ornamentation. This led to an actual Cuban style furniture.

Keywords: Furniture, Cuba, Domestic interiors, Carpenters

Muy escasa es la información existente sobre la ebanistería cubana a lo largo de su historia. Para su análisis únicamente nos podemos apoyar en las piezas conservadas, aún cuando éstas no son muy abundantes. En los últimos años la Oficina del Historiador de La Habana, máxima autoridad para la recuperación integral del centro histórico, declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad, ha realizado una labor de conservación y restauración del patrimonio arquitectónico, cultural y social, revalorizando espacios y edificios para usos culturales y museísticos. Edificios como el Museo de Arte Colonial, la Casa de la Obra Pía, el Palacio de los Capitanes Generales, el Museo de la Ciudad, todos ellos en La Habana y otros Museos como los de Holguín o Pinar del Río, por citar algunos, cuentan con piezas de mobiliario que nos ayudan a reconstruir el medio de vida de los cubanos hasta su Independencia¹.

¹ La mayoría de los ejemplos aquí analizados pertenecen a colecciones estatales como las del Museo de Arte Colonial, cuyo emplazamiento en una vivienda dieciochesca ha aportado un valor añadido a las ambientaciones del mobiliario allí custodiado. Dedicado a investigar, preservar y difundir el conocimiento de las artes decorativas en Cuba durante el período de la colonia, el

Las condiciones climáticas y el modo de vida en Cuba aportaron al mobiliario unas características propias que desde un primer momento facilitaron que se diferenciara del foráneo. La abundancia de bosques maderables, de una calidad extraordinaria, propició la existencia de artesanos de la madera, ocupados en un primer momento en la construcción de barcos, fortificaciones y, posteriormente, de las iglesias y las viviendas, y con ellas sus ajuares. La caoba y otras especies “*de grande corpulencia y estimación*”, al decir de los cronistas de Indias, fueron rápidamente apreciadas por los colonizadores. La riqueza de estos bosques propició que desde fechas muy tempranas se trasladaran grandes cantidades de madera hacia la Península, entre las que sobresale la caoba con su característico color rojizo, resistente a los parásitos y muy fácil de tallar, sólida y compacta, la cual permitía un magnífico barnizado y pulimento en correspondencia con el gusto de la época. Ésta rápidamente desplazó al roble y al nogal, que habían sido las especies más usadas para la construcción de muebles en la metrópoli desde el Renacimiento hasta el primer cuarto del siglo XVIII. Hacia la mitad de esa centuria, sería precisamente Cuba la mayor proveedora de caoba (*Swietenia mahoganis*) del Nuevo Mundo.

A diferencia de México, en Cuba no hay constancia de la existencia de gremios artísticos formalmente establecidos durante la etapa inicial de la presencia española, no habiendo testimonio de los mismos hasta el siglo XVIII.² Sin embargo, en la capital novohispana de México las primeras Ordenanzas de Carpinteros, Entalladores, Ensambladores y Violeros, se expidieron 1568, similares a las Ordenanzas de Sevilla, mientras la de Doradores correspondería a 1570³, por lo que serían esas mismas las que se aplicasen en Cuba, al formar parte ésta del virreinato de Nueva España.

En un primer momento la escasa población vivía en condiciones muy precarias y elementales al ser la isla lugar de paso del comercio entre los recién creados virreinos y la metrópoli. No obstante, desde principios del siglo XVI comienza a desarrollarse la carpintería, que junto a la herrería, constituyó una de las producciones artesanales que más desarrollo tuvieron durante la colonia, evolucionando acorde a los cambios socioeconómicos de la metrópoli, que mantendría siempre su influencia, determinante unas veces y paralela o atenuada otras, hasta bien entrado el siglo XIX. Las primeras viviendas eran sencillas construcciones de tabla, paja y guano que no requerían de un mobiliario lujoso ni muy abundante, limitado a resolver las necesidades más perentorias. Ese equipamiento rudimentario y exclusivamente utilitario consistía en bancos, arcones, catres, mesas, etc., construidos por los mismos carpinteros de ribera.

museo exhibe colecciones muy variadas: mobiliario, porcelanas, textiles, cristales, metales, pintura, orfebrería, vidriería, etc., que formaron parte de las costumbres de las familias cubanas en los siglos XVII, XVIII y XIX.

² LÓPEZ NÚÑEZ, Olga, “Notas sobre un estudio de la pintura y la escultura en Cuba”, *Esfera de las Artes Visuales*, La Habana, 1987

³ ROMERO DE TERREROS, Manuel, *Las Artes industriales en la Nueva España*, México, 1923.

Con el crecimiento de la población y una mayor estabilidad, surge un grupo de familias enriquecidas que favorecieron el auge constructivo durante el siglo XVII. Asimismo, las primeras órdenes religiosas comienzan a levantar sus iglesias, donde queda patente el empleo profuso de la madera, principalmente en sus techumbres. Estos mismos carpinteros empleados en la construcción desarrollaron las bases del trabajo artesanal y empezaron a fabricar muebles más funcionales para el interior de las casas y aquellos dedicados al culto religioso. Las crónicas de la época reflejan que predominaban los muebles sencillos, como armarios y arcones, con bisagras de cáncamo, caracterizándose el mueble por su simplicidad de líneas, la escasez de talla y los ángulos rectos. Ejemplo de ello lo tenemos en algunas arcas o en el armario del siglo XVII que se conserva en el Museo de Arte Colonial, destinado a una hermandad o cofradía, donde se lee *Armario del Señor de la Humildad*. Las excepciones a este rústico mobiliario es el demandado por la elite, quienes enviaban a España las maderas cubanas con el fin de que les hicieran muebles más ricos y refinados, que junto con la importación de ejemplares españoles servían de modelo y sentaban las pautas estilísticas a seguir por los carpinteros residentes en la colonia.

Esta precariedad del mueble se prolongó hasta el siglo XVIII, sin apenas variaciones en las primeras cinco décadas, y no fue hasta finales de éste cuando se produce el cambio, cualitativo y cuantitativo, en el mueble cubano. La Habana se había convertido en pocos años en la tercera ciudad del Nuevo Mundo, después de Ciudad de México y Lima. Parte de ese crecimiento se debió a que su puerto era la llave del comercio entre la metrópolis y sus colonias y también al tabaco, cuyo cultivo era el más lucrativo de la Isla hasta que la caña de azúcar se impusiera unos años más tarde. Los franceses establecieron un importante comercio de productos a cambio del tabaco cubano que se intensificó con el establecimiento de los Borbones en el trono español, lo que produjo el enriquecimiento de importantes segmentos de la población⁴.

En un primer momento los modelos del mobiliario procedían únicamente de España, como los escritorios que tanta difusión tuvieron en el siglo XVII español. A partir del siglo XVIII, los vínculos comerciales se extendieron a otros países de Europa, lo que propició la entrada de artículos provenientes de Francia e Inglaterra y, posteriormente, de Norteamérica. Se fabricó un tipo de muebles con un diseño simple y austero, apreciándose detalles estilísticos inspirados en los modelos peninsulares, siendo todavía, por lo general, un mobiliario destinado a viviendas modestas. Posteriormente, con la relativa libertad del comercio, unido al nacimiento de una oligarquía criolla, surge el gusto por lo ostentoso y el deseo, por parte de la burguesía imperante, de poblar sus casas y palacios con inmensos juegos de salón o de comedor y otros muebles no tan imprescindibles, pero que revelaban el poder económico en relación con la imagen de afianzamiento material que pretendían reflejar.

⁴ Cuando los franceses no fueron capaces de abastecer las demandas de esclavos de las Antillas hispánicas, los ingleses entraron en ese comercio y como consecuencia del Tratado de Utrecht, en 1713, se les concedió a los británicos el "navío de permiso", un barco con el que podían introducir anualmente 300 toneladas de sus productos en territorio americano.

El auge económico, debido ahora principalmente a la venta del azúcar, trajo aparejado el esplendor de la arquitectura civil, con la construcción de grandes residencias palaciegas, con una tipología adaptada a las inclemencias climáticas que difiere de los modelos de la vivienda española y por lo tanto su mobiliario también se adaptará a sus necesidades. Todas giran en torno a un patio central al que abren galerías como elemento central, buscando espacios en contacto con la brisa y la sombra. Al intentar suavizar los rigores del trópico, surgen nuevas variantes arquitectónicas como el mediopunto, arco cerrado por una vidriera policromada, que aportaban singular belleza a la estancia, y las puertas-persianas las cuales exigen mayor trabajo artesanal y acrecientan el interés por el uso de las maderas preciosas. Estas viviendas, con un rico mobiliario expresan la exquisitez de la ebanistería cubana, alcanzando su máxima expresión en el periodo decimonónico⁵.

Las puertas de la Nueva España se abrieron para los comerciantes franceses, holandeses y especialmente para los ingleses, poniéndose de moda el mobiliario inglés. A esa preferencia contribuyó también que desde la primera mitad del siglo XVIII muchos artesanos de Londres estuvieron vinculados con la exportación de muebles a España y Portugal.⁶ No obstante, este hecho no se aprecia en Cuba hasta después de la toma de La Habana por las tropas británicas en 1762, cuando comienzan a llegar a la Isla mobiliario procedente de Inglaterra y otros países, más concretamente un año más tarde al término de Guerra de los Siete Años, momento en el que se recupera la ciudad y el Gobierno español permitió el comercio libre, lo que propició de manera irregular el intercambio comercial con otras naciones, incluyendo a Norteamérica.

La llegada de muebles contruidos con maderas blandas, fácilmente atacadas por la humedad, el comején y las termitas tropicales, originó la pronta reproducción y copia de los modelos extranjeros, reinterpretándose modelos de estilo Luis XV, como las dos cómodas conservadas en el Museo de Arte Colonial, pero con un carácter más pesado, sustituyendo las aplicaciones en bronce por madera dorada. El gusto de la aristocracia española y cubana por los muebles de grandes proporciones, propiciado por el interminable abastecimiento de caoba, influyó en que los artesanos produjeran

⁵ La literatura de la época refleja de una manera minuciosa la vida cotidiana en Cuba en los años previos a la independencia cubana. En este sentido la obra de Cirilo Villaverde (1812-1894) titulada *Cecilia Valdés o la loma del Ángel* es el ejemplo más significativo del modo de vida de las diferentes clases sociales en los primeros años del siglo XIX.

⁶ En un artículo sobre las exportaciones de muebles ingleses a España durante el siglo XVIII, R. W. Symonds afirma: "*Desde tiempos antiguos, Londres había poseído la reputación de fabricar artículos de la mejor calidad y con los diseños de la última moda. No solamente para los ingleses en su hogar y en las colonias, sino también para muchos extranjeros (...) Los distintivos rasgos del diseño, además del brillante colorido del barniz, el uso de asientos de rejilla en las sillas, taburetes y bancos, a causa de su gran frescura en un clima tórrido, son características notables de este mobiliario*". Symonds, R. W., "English Eighteenth Century Furniture Exports to Spain and Portugal", *The Burlington Magazine*, vol. XXVIII, 1941, p. 58. Al respecto véase también ORDÓÑEZ GODED, Cristina, "Japanning en España. Un lote de muebles de laca color escarlata realizado por Giles Grendey", *Estudio del Mueble*, n° 14, 2011, pp. 14-21.

copias cada vez menos fieles a los originales europeos. Junto a la monumentalidad, el logro de profundas y elaboradas tallas determinó que los muebles cubanos resultaran más exóticos, además de ser más resistentes. Los ebanistas cubanos se familiarizaron con las nuevas propuestas de diseño gracias a los libros de plantillas extranjeros, especialmente el de Thomas Chippendale titulado *The Gentleman and Cabinet-Maker's Director*. Esta obra, impresa en 1754, tuvo una rápida difusión por el resto de Europa, Norteamérica y las colonias del Caribe. De esta forma coexistieron estilos diferentes que fueron ocasionalmente combinados con piezas del mobiliario cubano, al que hay que sumar el de influencia oriental, bien a través de Inglaterra o por la presencia de productos orientales en la Isla que se vería acrecentado en los últimos años del siglo XIX, cuando se estableció en La Habana una importante colonia china. Se conservan varios biombos de ese origen, en diferentes museos, como el que se encuentra en el Museo de la Ciudad, de los llamados de Coromandel, por el puerto de la India de ese mismo nombre, desde donde se importaban a fines del siglo XVII hacia Europa, caracterizándose por ser de laca negra con decoración de escenas de la vida cotidiana en dorado.

Es pues a partir de fines del siglo XVIII y principios del siguiente, cuando el mobiliario cubano alcanza su originalidad, siendo la cómoda uno de los muebles más solicitados, tanto en los ámbitos religiosos como en los domésticos. Las llamadas cómodas de sacristía se consideraban el mueble más importante de la elite cubana, en su afán de ostentar y alardear de su riqueza. En el hecho de encargar y adaptar lo que era, en principio, un mueble de carácter religioso, ponía de manifiesto su condición como clase de nuevos ricos. Este tipo de mueble proliferó en Cuba a partir del siglo XVIII, cuando las parroquias y congregaciones religiosas, cada vez más adineradas, destinaron grandes sumas de dinero a construir y amueblar sus iglesias. Los mismos ricos patrocinadores que contribuyeron generosamente a la construcción de las iglesias locales y sus interiores, encargaron a los ebanistas la fabricación de cómodas de sacristía más pequeñas para las capillas de sus mansiones, pero con el tiempo, éstas pasaron a ocupar un lugar importante en los dormitorios y salones de cualquier casa con pretensiones de posición social o riqueza. Hechos en menor escala y exentos, con su frente de cajones, imitaban las espléndidas piezas construidas inicialmente para recintos eclesiásticos⁷.

La inmensa mayoría de esos muebles fueron hechos con caoba o con sabicú (*Lysiloma sabicu*)⁸, con los interiores forrados de cedro, caracterizándose por su apariencia barroca, con el frente muy movido. Usualmente estaban diseñados con tres, cuatro y,

⁷ La importancia que llegaron a tener queda reflejado en el equipaje que traslada el recién destituido gobernador de la isla, Marqués de Someruelos a su vuelta a España en 1813. Entre lo escasos muebles que traslada a la península se citan tres catres, un mosquitero de caoba, un sofá, varias sillas y mesas y dos cómodas. Al respecto véase, VÁZQUEZ CIENFUEGOS, Sigfrido, "Un periplo vital: la labor de Someruelos, gobernador de La Habana, a través de su equipaje en 1813", *Orbis Incognitus. Avisos y legajos del Nuevo Mundo. Homenaje al profesor Luis Navarro García*, Vol. I Universidad de Huelva, 2007, pp. 369-383.

⁸ Árbol de madera dura, pesada y compacta de color amarillo pardo o rojo vinoso.

en raras ocasiones, cinco largos cajones que constituyen el frontal. Por lo general, cada gaveta o cajón estaba trabajado en una sola pieza de caoba, presentando una superficie cóncavo-convexa de gran movimiento. A medida que avanzaba el siglo XVIII y la moda del Rococó se hizo más popular, las cómodas de sacristía cubanas adquirieron diseños mucho más ricos, con las líneas curvas del frente continuándose en sus costados y con las patas adelantadas y terminadas en voluta. Ese tipo de mueble está documentado en Cuba desde la década de los años treinta del siglo XVIII. Tal evidencia reviste gran importancia para el estudio de este tipo de mobiliario, pues pone en duda el presunto origen norteamericano que se le ha querido dar a este diseño de cómoda.⁹ William Brownell Goodwin en su trabajo de 1928 titulado “Notes on Block Front Piece in the Cathedral at Havana, Cuba” afirma que poco después de 1741 algunos ebanistas procedentes de California, como Job Townsend o John Goddard, o ambos, visitaran La Habana con el propósito de seleccionar y comprar caoba para sus talleres, y que en esa ocasión conocieran uno de los ejemplares más importantes de este tipo de mueble, la cajonera de la sacristía de la Catedral, admirando la extraordinaria calidad de la pieza y, posteriormente, desarrollando el modelo en Norteamérica, conocido allí como *frente de bloque americano*.¹⁰ Una cómoda de sacristía similar a la de la catedral de La Habana, pero de mayores proporciones, se encuentra en la iglesia del Espíritu Santo, probablemente construidas por el mismo artesano cubano.

En torno a las décadas de 1780 y 1790, el estilo Rococó daba paso al Neoclasicismo. El mobiliario, al igual que la arquitectura, volvió a la simetría, las líneas rectas y las proporciones clásicas, ajustándose los artesanos cubanos a esos cambios estilísticos y constructivos. Hasta mediados del siglo XIX los artesanos cubanos continuaron produciendo la cómoda de sacristía en los llamados estilos Neoclásico tardío e Imperio pero, gradualmente, el trabajo a destajo y la producción seriada se fue imponiendo. La industrialización satisfacía las necesidades de la clase media emergente y la burguesía nativa cubanas, pero dificultaba cada vez más que la elite pudiese encargar muebles en correspondencia con sus gustos y preferencias. De manera que la oligarquía cubana comenzó a buscar en otras partes y a importar muebles, principalmente franceses y reproducciones refinadas de muebles de Norteamérica y Europa. No obstante, los muebles fabricados en Cuba nunca perdieron totalmente su demanda y siempre prevaleció el interés por poseer las cómodas de sacristía del siglo XVIII.

Hacia la primera mitad del siglo XIX se comienza a fabricar una mayor variedad de muebles, imponiéndose el estilo Imperio y las variantes inglesas, especialmente el Sheraton, con sus características líneas curvas, volutas y motivos clásicos. Los ajuares de casa se vieron enormemente enriquecidos con nuevas piezas como mesitas auxiliares, sillones, consolas, cómodas, etc., que contrastaban notablemente con los humildes inventarios de las primeras décadas del siglo XVIII. Con el estilo Imperio el mueble

⁹ Al respecto véase *Opus Habana*, Vol. VIII, No. 2, 2004, pp. 22-31.

¹⁰ La fotografía de la cajonera de la catedral de la Habana fue publicada por NUTTING Wallace, *Furniture Treasury in 1928*, ilustración no. 260, Macmillan, New York.

encuentra su mejor expresión en cuanto a riqueza y originalidad y a pesar de seguir patrones foráneos, los artesanos desplegaron un gran ingenio al tiempo que hacían gala de una extraordinaria pericia, confiriéndole un carácter “*puramente criollo*”.

Este tipo de mueble reinterpreta el estilo Imperio de acuerdo con las condiciones climáticas del trópico. Comienza así una gran producción de muebles con características bien definidas tanto en el diseño como en las técnicas de fabricación, sustituyendo la tapicería por la rejilla, eliminando dorados escultóricos y redimensionando sus proporciones. Concebida para burlar el calor, la rejilla es un elemento constante en los muebles de asiento cubanos. Paralelamente se utilizan las técnicas de la marquetería para reforzar visualmente algunas partes del mueble y del enchapado para lograr distintos efectos en la madera, demostrando así la pericia de los artesanos, con una gran homogeneidad estilística. En la versión criolla del estilo Imperio predomina la línea curva que la recorre y une sus diferentes partes, con las patas terminadas en volutas que se bifurcan y una vuelta a lo clásico, con la utilización de motivos en forma de ánfora, lira, cuellos de cisne, etc. Este mobiliario, destinado a las clases acomodadas, aprovecha los amplios espacios de la casa cubana para ocuparlos con una gran variedad de piezas y trae consigo el incremento de mano de obra especializada con un trabajo cada vez más creativo de los ebanistas.

Dentro de esta diversidad de muebles están las muy solicitadas sillas de iglesia, que utilizaban las señoras para asistir a misa, las cuales eran llevadas por los esclavos a cierta distancia de sus amas. Hechas en madera laqueada con asiento tapizado y patas curvas con una exquisita decoración, basada en el empleo de pigmentos e incrustaciones de nácar, que reproducen motivos vegetales y religiosos. Estas se pusieron de moda en la época del obispo José Díaz de Espada y Fernández de Landa, 1756-1832, quien llegó a La Habana en 1801, reformando los interiores religiosos con un mobiliario más sencillo.

Asimismo, siguiendo la moda europea, aparece el gusto ecléctico inspirado en los estilos franceses del XVIII. Es el llamado mueble “*de medallón*”, que coincide en España con el Isabelino, denominado así popularmente por la forma que adopta su respaldar, convirtiéndose en el tipo de mueble representativo de los grandes salones de la burguesía. Del diseño sencillo y elegante, el mueble evoluciona hacia líneas más elaboradas. El color oscuro de las maderas preciosas, como el palisandro, la caoba o el cedro, acentúa la profusión de sus tallas, inspiradas siempre en elementos naturalistas como hojas y flores entrelazadas, bustos, conchas, etc., que evidencian la calidad alcanzada por los ebanistas. Este gusto ecléctico se manifiesta, además, en la forma de ubicar y disponer el mobiliario en los espacios de la vivienda: mecedoras enfrentadas en hileras cerca de las grandes ventanas se mezclaban con rinconeras, consolas, mesas con superficies de ricos mármoles, jugueteros de entrepaños calados y unidos por espejos, grandes armarios acristalados con ampulosas tallas figurativas y guirnalda enlazadas con flores y aves, muestra de la fastuosidad y la opulencia de la oligarquía criolla. Junto a esas piezas de gran riqueza, no era de extrañar la presencia de muebles sencillos y utilitarios que estaban en uso desde siglos anteriores, como el catre, con sus mosquiteros de finas gasas, o el tinajero, con la tinaja de agua para calmar la sed o

las butacas de Campeche, situadas en los corredores abiertos a las ventiladas galerías aledañas a los patios, para contrarrestar la sofocante y permanente canícula estival. Llamadas también campechanas se trata de una silla grande con brazos, asiento bajo y espaldar alto, comúnmente de caoba forrada de cuero y en algunos casos con orejeras laterales para apoyar la cabeza¹¹. No obstante, el mueble de asiento que más representación tuvo fue el sillón con balancín o mecedora, por lo general de rejilla, llamada también comadrita.

A fines del siglo XIX el mueble de medallón llega a las viviendas de clase media y más populares, caracterizándose por presentar una menor riqueza en calidad y talla, más sencillo y de pequeñas proporciones. En las últimas décadas del siglo existían en La Habana un buen número de ebanistas, con almacenes y talleres dedicados a la confección y venta de diferentes tipos de muebles. Baste decir que en el *Directorio de Artes, Comercio e Industria de La Habana* de 1860 aparecen registrados trece almacenes de ese tipo, incrementándose en 1883 en cuarenta y siete establecimientos, según se recoge en la sección de artes y oficios del *Directorio Comercial de la Isla de Cuba*.¹² Junto a esa rica actividad productiva y comercializadora, se incrementó el comercio con Norteamérica, con la entrada masiva de muebles con diseños ligeros. La producción se distinguió por la calidad de su factura y terminado, el exquisito tratamiento de la talla en maderas preciosas y la variedad de formas dentro de cada tipología. Circulaban catálogos estadounidenses de muebles por encargo destinados a Hispanoamérica y, muy especialmente, a Cuba. Se introducen los muebles de mimbre y los llamados Thonet, producidos de forma industrial, integrándose armónicamente con el resto del mobiliario cubano. El mimbre tuvo gran acogida por lo bien que se inserta en la vivienda colonial, su adecuación al clima, y la riqueza de líneas y elementos decorativos que propicia. Si inicialmente el diseño era rígido, luego se fue transformando hacia líneas ampulosas, ondulantes, más en correspondencia con el modo y gusto cubanos. No obstante, entre el mobiliario de fin de siglo destaca el mueble de “perilla”, realizados generalmente en majagua, madera fácil de tallar y resistente. La versión criolla usa rejilla en el alargado respaldo, que suele estar adornado con diminutos balaustres y coronado con hermosas tallas. Se propagó mucho y durante décadas, los juegos de sala y comedor de este tipo fueron los preferidos de las familias acomodadas.

Más que de un mueble eminentemente criollo, se puede hablar de una adecuación del mueble foráneo a las costumbres y condiciones de vida en la Isla, o lo que es lo

¹¹ Desde el siglo XVII fueron muchos los lazos de Cuba con México, sobre todo con la península del Yucatán y más particularmente con la ciudad de Campeche, existiendo una importante colonia de indios procedentes de esa ciudad en La Habana y también a la inversa, pues en los años de lucha por la independencia de Cuba fueron muchas las familias que emigraron a Yucatán. El término se ha utilizado también como símbolo de la sencillez y la jovialidad de una persona, al decir de ella que es campechana.

¹² RODRÍGUEZ CORRALES, Lázaro, “Apuntes sobre el mueble en Cuba. Su evolución en la colonia y en la República”, *Revista Vitral*, n^o 45, VIII, 2001. Al respecto véase también *Opus Habana*, V. II, No. 1, 1998, pp. 40-49.

mismo, de una reinterpretación de los estilos y su adaptación al trópico. A la existencia de exuberantes bosques de maderas preciosas, debió sumarse la pericia de un oficio que, introducido en Cuba por los españoles, exigía experiencia, habilidad y refinamiento. Los artesanos cubanos lograron aunar los elementos autóctonos con aquéllos provenientes de fuera para crear un estilo de mobiliario que realzara las maderas preciosas tropicales, con proporciones audaces y una rica ornamentación, basada en el predominio de la talla y el diseño curvilíneo¹³. Marcados por el clima, en los interiores y la arquitectura doméstica se fue buscando el confort que exigía la clase dominante y surgió así, como una de sus expresiones más características, un mueble propiamente cubano: cómodo, fresco y hermoso.

Fecha de recepción: 20 de septiembre de 2012

Fecha de aceptación: 18 de noviembre de 2012



Figura. 1 Escritorio español.

¹³ Actualmente, aunque no esté dentro de los límites cronológicos que se han marcado a este trabajo, pervive una importante artesanía de la madera, sobre todo en piezas de importación y más concretamente en humidores, cajas que se utilizan para conservar los habanos a una temperatura y humedad adecuada, con el objetivo de mantener por largo tiempo sus características organolépticas. En la ciudad de Pinar del Río, gran productora de tabaco, se localizan los principales artesanos.



Figura 2 Cómoda de sacristía.



Figura 3 Cómoda.



Figura 4 Biombo.



Figura 5 Silla de iglesia.

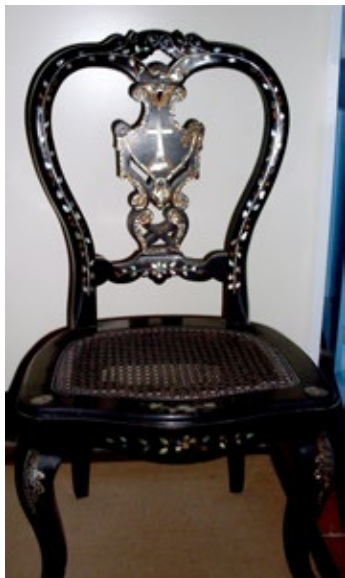


Figura 6 Silla de iglesia.



Figura 7 Juego de sala estilo Medallón.